

Busquemos con la imaginación algo de donde emane ese fluido celestial, que sea digno de ser amado y por lo mismo de producir amor.

Y ¿quién sino María, la Inmaculada Madre del Eterno, la azucena pura cuyo aroma embalsama las auras que circulan en los jardines del Paraíso, la casta paloma al calor de cuyo seno se desarrolló la vida del Hijo de Dios vivo, quién sino ella puede ser la fuente del verdadero amor?

¿Quién mejor que aquella Soberana Emperatriz de los ángeles y arcángeles, de los serafines y querubines, puede ser más digna de recibir el holocausto de nuestros más puros sentimientos?

¡Ah! Sólo Ella, de cuyas divinas manos emanan todas las bondades, todas las dulzuras, todos los dones que la humanidad disfruta.

Sólo Ella, en cuyas dulces miradas vése retratada la santidad suma, es la única capaz de poder consolar al mortal en sus cuitas y sinsabores.

Por eso a Ella es a quien dirigimos nuestros inyectados ojos cuando la duda ofusca nuestro cerebro y el llanto embarga nuestra voz.

Ella es la egida de nuestra augusta Religión.

Ella la que tanto ánimo y fe prestara á los que arrostraban el martirio por sostener las sublimes doctrinas de Nuestro Redentor.

Uno de los más notables ejemplos que pudiéramos exponer es el martirio glorioso de San Lorenzo.

Habiendo sido proclamado emperador el impío Valeriano, sus primeros tiros se asestaron contra el Santo Papa Sixto II, creyendo que se dispersaría

más fácilmente el rebaño atacando primero á los pastores. Conducíanle al suplicio, cuando un Arce-diano de Roma, esto es, el primero entre los Diáconos en aquella Iglesia, le seguía llorando, creyéndose desgraciado porque no participaba de sus padecimientos. Era este ilustre Diácono un español, llamado Lorenzo, que lleno de entusiasmo prorrumpió en medio del concurso: “¿A dónde vais, padre mio, sin vuestro hijo? ¿A dónde, Santo Pontifice, sin vuestro diácono? Jamás ofreciais el sacrificio sin que os sirviese en el altar. ¿En qué he tenido la desgracia de desagradaros? Probadme de nuevo y ved si habeis elegido un diácono indigno para la dispensación de la sangre de Jesucristo.”—“No te dejo yo, no te abandono, hijo mio, le contestó San Sixto; te espera un combate mayor que el mio; tú me seguirás de aquí á tres dias.” Consolado San Lorenzo con estas palabras, se preparó al martirio distribuyendo entre los pobres cuanto dinero se hallaba en su poder, porque como Diácono tenia la administración de los bienes de la Iglesia.

Sabedor el prefecto de las riquezas de la Iglesia, quiso apoderarse de ellas, y llamando á San Lorenzo, le dijo: “Vosotros, los cristianos, os quejais de que se os trata con mucho rigor; pero ahora no se os dará tormento. Os voy á pedir con dulzura lo que podeis darme: sé que teneis vasos de oro y de plata para vuestros sacrificios; entregadme esos tesoros, pues el emperador tiene necesidad de ellos.”—“Os confieso, respondió San Lorenzo, que es muy rica nuestra Iglesia, y que el emperador no tiene tesoros

iguales. Yo os mostraré una buena porción de ellos, si me concedéis no más que tres días para arreglarlos y ponerlos en orden." El prefecto, que no entendió la alusión, le concedió el término que pedía.

El Santo recorrió la ciudad y reunió á todos los pobres que alimentaba la Iglesia entonces, dijo al prefecto que le siguiese, y viendo en lugar de vasos preciosos aquella multitud de ciegos, cojos y estropeados, echó sobre el Santo una mirada amenazadora. "¿De qué os incomodais, le dijo San Lorenzo; el oro no es más que un vil metal, causa con frecuencia de muchos males; el oro verdadero es la divina luz que ilustra y alumbra á estos infelices. La Iglesia los mira como sus más preciosos tesoros, y estas son las riquezas que yo te había prometido."—"¿Así te burlas de mí? dijo entonces el Prefecto; bien sé que los cristianos os preciais de menospreciar la muerte; pues bien, no esperes morir con prontitud; yo haré que se prolonguen en tí los tormentos; tú no morirás sino por grados." Su martirio comenzó, en efecto, despedazándole á azotes; se preparó una parrilla sobre carbones encendidos, de manera que el fuego penetrase en el cuerpo del Santo con mucha lentitud; pero el fuego de Caridad que le abrasaba, convertía su suplicio en un verdadero refrigerio; y despues de haber sufrido largo tiempo tormento tan horrible, se volvió con tranquilidad al juez y le dijo: "De este lado ya está mi carne bien asada; haced que me vuelvan del otro." Y algunos momentos despues añadió: "Ahora ya está en sazón, podeis comer de mi carne." En seguida, volviendo los ojos

al cielo, pidió á Dios por la conservación de Roma y le entregó su espíritu.

¿Quién puede haber dado ánimo y valor á este mártir sino María? ¿Y quién sino Ella puede también dar valor para proseguir por el camino que tienen trazado los ministros de la Iglesia Sacrosanta?

De uno de éstos nos vamos á ocupar y por eso le hemos dedicado un encomio, ántes de hacerlo á la Reina de los mártires y de los confesores.

De la feliz unión de D. Pedro Macal y de D.^{ca} María Antonia Morales, virtuoso matrimonio sancionado por la bendición de Dios, nació el niño José Fernando, en la ciudad de Chiapas, el día 30 de Mayo de 1829, recibiendo el mismo día las saludables aguas del bautismo.

La Madre de Dios se regocijaba entonces, cuando al terminar el florido mes dedicado á su virginidad divina, ofrecíanle aquellos seres privilegiados, como holocausto, el fruto de sus santificados amores.

Dotado de un amor sin límites por la Religión del Crucificado, desde sus más tiernos años prestó en ella sus servicios, acolitando en la Catedral.

En tanto crecía, se iba instruyendo paulatinamente, y á la edad de trece años, ya bastante adelantado en la primera enseñanza, comenzó sus estudios eclesiásticos como alumno interno en el Colegio Seminario, concluyéndolos en el mes de Noviembre de 1857.

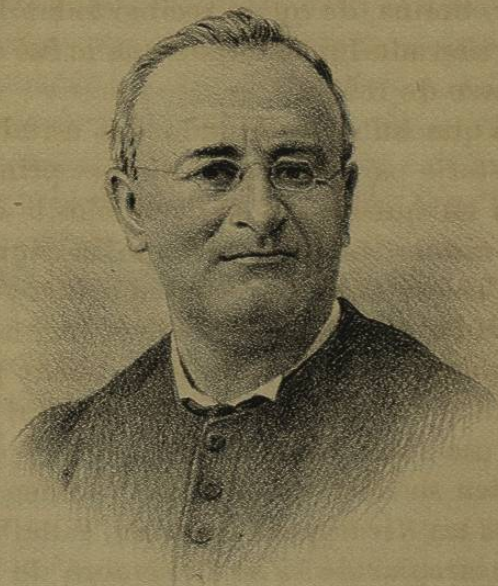
Durante ese tiempo estudió Gramática Latina, Lógica, Derecho Canónico, Teología Dogmática y Moral, habiendo desempeñado por oposición, la cátedra

de Latinidad, en tiempo en que era Obispo de esa diócesis el Ilmo. Sr. Becerra y la de Filosofía ó sea el curso de artes, que concluyó en Noviembre de 1857 y en la que fué graduado Bachiller, en tiempo del Ilmo. Sr. Colina, de quien recibió todas las Ordenes hasta el sagrado Presbiterado que le fué conferido el 5 de Marzo de 1855.

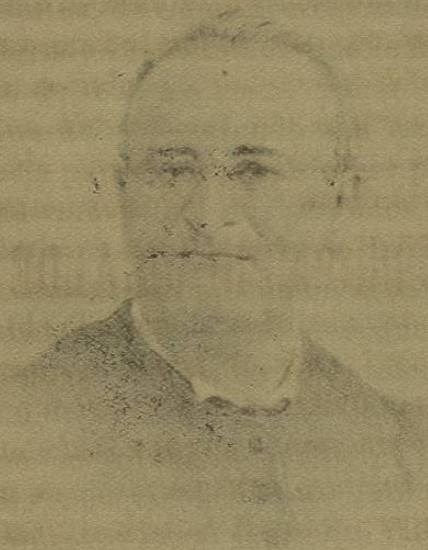
Luego que hubo terminado sus estudios empezó su ministerio parroquial, siendo las principales parroquias en que prestó sus servicios la de Yajalón, la de Comitán, la del Sagrario de la capital chiapaneca, de la que hizo dimisión en el año de 1873 y la de la ciudad de San Bartolomé, que fué su último curato, porque de allí salió para tomar posesión de Prebendado de la Santa Iglesia Catedral de esa diócesis, el día 28 de Junio de 1891.

También sirvió como Vicario foráneo desde que instituyó las Vicarías el Ilmo. Sr. Villalbaso, por su superior circular de 15 de Diciembre de 1871, hasta que tomó posesión de su actual dignidad eclesiástica.

Este digno ministro de la Religión, que desde sus tiernos años dedicóse únicamente al culto divino, será siempre una de las piedras fortísimas sobre que descansan los cimientos de la Religión Católica.



SR. PRESB. D. PROCOPIO UGALDE,
S. JUAN DEL RIO.—(QUERÉTARO.)



SR. Pbro. D. PROCOPIO UGALDE

SR. Pbro.

DON PROCOPIO UGALDE

JESUCRISTO da la vida eterna a los buenos, mientras a los malos los castiga con las penas eternas del infierno. El ángel del Señor lanza rayos exterminadores contra los réprobos, para manifestar el rigor de la Divina Justicia, mientras el mismo Jesus encumbra a la gloria a los que, cumpliendo sus sagrados preceptos y su augusta voluntad, han merecido que su nombre fuese escrito en el libro de la vida.

A la entrada de la gloria se encuentra un monte con un cordero en la cima, el cual es llamado de la perfección y la gloria, porque, según el M. R. P. Claret, así como para subir a la cima de un monte uno ha de fatigarse y luchar contra la propia inclinación que, como el agua, arrastra siempre hacia abajo, así también nos hemos de esforzar por alcanzar la perfección y la gloria. El mismo Cristo nos lo di-

ce: "*El reino del cielo padece violencia, y los que se violentan son los que lo arrebatan.*"

El profeta David preguntaba: "¿Quién subirá al monte del Señor?" y luego se respondía á sí mismo: "El inocente de manos y de corazón limpio, el que no tomó en vano su alma, ni juró con engaño á su prójimo. Este recibirá bendición del Señor y misericordia de Dios. Ese cordero, por su gran mansedumbre, es figura de Jesucristo, que quita los pecados del mundo, y tambien porque fué muerto para darnos la vida eterna, pues por sus méritos nos salvamos."

Es una verdad de fe, que todos hemos de resucitar y que, unida el alma de cada uno con su propio cuerpo, viviremos por siempre, sin volver á morir jamás: de suerte que continuaremos siendo eternamente tales como nos hallemos en el momento de la Resurrección general. Esta no será, por consiguiente, como aquellas resurrecciones de algunos muertos, que se leen en las sagradas Escrituras ó en las vidas de algunos Santos, que habiendo sido resucitados han vuelto á morir; porque Jesucristo ó los Santos se limitaban á hacer revivir sólo por algun tiempo los cuerpos aquellos, á fin de manifestar su poder sobrenatural; pero despues de aquel dia estos mismos cuerpos tendrán cualidades muy diferentes, por lo que jamás volverán á morir. Los buenos vivirán en la eterna gloria del cielo, única que merece el nombre de vida; y los malos en las eternas penas del infierno, que son peores que la misma muerte y que se llama *muerte segunda*. Los buenos tendrán una dicha completa, porque en cuerpo y alma disfrutarán del sumo

y eterno bien, que es su último fin, y hé aquí lo que es y se llama vivir eternamente: á diferencia de los condenados, que en cuerpo y alma se hallaban privados de todo lo bueno y sumergidos en todos los males espirituales y corporales, de suerte que su vida será una continuada muerte que jamás acabará de completarse, ni nunca concluirá con ellos; la buscarán, la llamarán, pero no la encontrarán.

Los buenos en el cielo tendrán dos clases de bienes: esenciales y accidentales. Los esenciales consisten en ver y gozar de la presencia de Dios, en conocer todos los misterios de la gracia y secretos de la naturaleza. De esta visión y fruición les resulta un amor más grande, un contento inefable y un gozo que durará por toda la eternidad. Los accidentales son la gloria, paz y júbilo con que los Santos se aprecian y aman como hijos de Dios, hermanos y amigos. Son tantas y tan grandes estas felicidades, que en este mundo no se pueden comprender; de suerte que el apóstol San Pablo dice: "Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman;" y Boccio, con otros teólogos, afirma que "la gloria del cielo es un estado perfecto por la reunión de todos los bienes y de todas las felicidades."

Pero para alcanzar esta gloria infinita, preciso es que se crea, que se practique la doctrina de Nuestro Salvador, de cuya doctrina son intérpretes fieles los Padres de Nuestra Santa Iglesia.

Para llegar al anhelado objeto, necesario es que imitémos la vida de los que se dedican al servicio

divino, y á este fin vamos á poner como ejemplo á uno de los más caracterizados ministros de Jesucristo.

El Sr. Pbro. D. Procopio Ugalde nació el día 8 de Julio de 1833, bajo el humilde techo del hogar en que vivían felices el honrado y pundonoroso D. José Ugalde y la virtuosa Sra. D.^{ca} Luisa Sanchez Mejorada, siendo como la bendición que Dios enviaba sobre aquellos seres que, fluctuando en medio de las vicisitudes de la existencia, se sentían felices acatando la voluntad del Omnipotente.

Con la protección de los Reverendos Padres del Colegio de la Santa Cruz, de Querétaro, estudió Latín y cursó Filosofía y Teología Moral en el mismo plantel.

El año de 1855, por recomendación de los sacerdotes del Colegio Apostólico, pasó á esta Capital para recibir sus primeras Ordenes y se hospedó en el Colegio de San Fernando, donde fué muy apreciado por sus condiscípulos y maestros, por su amor al estudio, prudencia y rectitud.

El Ilmo. Sr. Arzobispo de México, D. Lázaro de la Garza, de feliz memoria, fué quien le confirió todas las Ordenes hasta el Presbiterado, haciéndole pasar luego del Colegio de San Fernando al Seminario Conciliar, en el cual estudió Religión y Teología Escolástica.

De la misma manera que en el primer colegio, en este último se granjeó nuestro biografiado las simpatías del Rector y Catedráticos, siendo distinguido de entre los demás seminaristas por su aplicación y conducta inmejorable.

Pasó despues como Vicario á la parroquia de la

Santa Veracruz, á donde permaneció, con beneplácito de sus feligreses, hasta que hubo de huir porque los enemigos que se había acarreado del partido liberal, por su perseverancia en la defensa de la Santa Causa de la Religión Católica, lo perseguían con acritud, yéndose á radicar entónces á la ciudad de San Juan del Rio, en donde prestó, entre tanto cambiaba el aspecto de las cosas, sus servicios como eclesiástico.

Despues de la erección del Obispado en la ciudad de Querétaro, fué nombrado por esa Sagrada Mitra Cura encargado de la feligresía de Sxichú Victoria, en la cual hizo muy importantes mejoras, pasando luego á servir la de Real del Doctor, en donde también dejó recuerdos imperecederos en el corazón de sus feligreses, á quienes con caridad y ternura sin igual conducía al redil, cuando tuvo que abandonarlos para pasar á prestar sus servicios á Real de Arteaga.

Fué nombrado más tarde Cura de Jalpam, Real de Chico y Landa; pero su modestia, su desprendimiento á los bienes terrenales y su infinita humildad lo han hecho rehusar dichos nombramientos, aceptando mejor regresar á San Juan del Rio, su tierra natal, á prestar sus servicios como simple eclesiástico.

Cuenta al presente sesenta años de edad, y aunque se halla en el último tercio de su vida, su espíritu no desmaya y sigue, como en los años floridos de su juventud, sembrando el bien por todas partes y luchando sin cesar por mantener inmaculado el Lábaro Santo de la Religión.